

El sacerdote en el catecismo

Jesús es el Señor

Juan Ignacio Rodríguez Trillo

Director del Secretariado de la S. E. de Catequesis de la CEE

Presento en este estudio el ministerio sacerdotal tal y como es mostrado a los niños en las páginas del catecismo *Jesús es el Señor*. Lo considero una sencilla contribución al servicio que el catecismo presta en estos momentos a la iniciación cristiana de nuestros niños, que deben ser iniciados en el conocimiento y en la riqueza de la vida cristiana y ser conducidos al encuentro personal y seguimiento del Señor.

El catecismo es un libro de familia, es el libro de la gran familia de los hijos de Dios y de aquí la importancia que otorga, en cada una de sus páginas, a la familia, la comunidad cristiana, los catequistas y los sacerdotes. Así lo apreciamos en el siguiente texto:

¡Jesús, Tú estás siempre con nosotros! Empezamos a conocerte en nuestra familia, en la parroquia con el sacerdote, con los catequistas, en el colegio y en otros lugares donde aprendemos a vivir como cristianos.
¡Gracias, Jesús! (*Jesús es el Señor*, pág. 11).

Todos estos testigos y transmisores de la fe son imprescindibles y desarrollan una misión propia. Desde el comienzo hay que afirmar que el sacerdote aparece en el catecismo de infancia, por encima de todo, como testigo de la fe para la vida del niño.

Desde la perspectiva del Año Sacerdotal resuenan las intervenciones del papa Benedicto XVI en este sentido, presentando las dimensiones de la vida del sacerdote, entre las que se encuentran ser testigo y maestro de la fe.



Dice Benedicto XVI:

En la preparación esmerada de la predicación festiva, sin excluir la ferial, en el esfuerzo de formación catequética, en las escuelas, en las instituciones académicas y, de manera especial, a través del libro no escrito que es su propia vida, el sacerdote es siempre “docente”, enseña. Pero no con la presunción de quien impone verdades propias, sino con la humilde y alegre certeza de quien ha encontrado la Verdad, ha sido aferrado y transformado por ella, y por eso no puede menos de anunciarla. (Benedicto XVI. Catequesis del 14 de abril de 2010 sobre el *munus docendi*).

Cada una de los apartados de este estudio incluirá palabras de Benedicto XVI pronunciadas en el Año Sacerdotal, pudiendo así apreciar la correspondencia del catecismo *Jesús es el Señor* con el magisterio más reciente de la Iglesia.

Referencia fundamental para el niño en sus años de catequesis

En la carta que los obispos dirigen a los niños y que encabeza el catecismo se presenta como finalidad la de dar a conocer a Jesús y se muestra la cercanía del sacerdote como uno de los medios mediante el que hacer posible este conocimiento. Dice así:

Ahora, en la catequesis, por medio de los sacerdotes y de vuestros catequistas, vais a conocer a Jesús y a descubrir que Él está siempre con nosotros. (pág. 7).

Por ser la primera mención al sacerdote en el catecismo tiene especial significado, unida a la de los propios obispos, que se presentan a sí mismos en esta carta como acompañantes de los niños en el camino de fe. Acompañantes, testigos, mediadores, primera luz para mostrar a los niños la misión del sacerdote.

Es muy interesante reseñar también cómo en la primera de las oraciones del catecismo se invita a los niños a reconocer y agradecer esta cercanía sacerdotal, que es manifestación y presencia del mismo Jesús:

Jesús, Tú estás siempre con nosotros. Empezamos a conocerte en nuestra familia, en la parroquia con el sacerdote... ¡Gracias, Jesús! (pág. 1).

En el Año Sacerdotal el Papa ha recordado:

El Señor ha confiado a los sacerdotes una gran tarea: ser anunciadores de su Palabra, de la Verdad que salva; ser su voz en el mundo para llevar aquello que contribuye al verdadero bien de las almas y al auténtico

camino de fe. (cf. 1 Cor. 6, 12) (Benedicto XVI. Catequesis del 14 de abril de 2010 sobre el *munus docendi*).

Y en el diálogo con los sacerdotes en la vigilia de clausura del Año Sacerdotal habló del modo de realizar esta misión; la entrega y la alegría:

Pienso, sobre todo, en la importancia de que los fieles puedan ver que este sacerdote no se limita a desempeñar un empleo durante unas horas de trabajo y después queda libre y vive tan solo para sí mismo, sino que es un hombre apasionado por Cristo, que lleva en sí el fuego del amor de Cristo. (Benedicto XVI. En la vigilia de clausura del Año Sacerdotal. Jueves, 10 de junio de 2010).

El ministerio sacerdotal, vocación en la Iglesia, familia de los hijos de Dios

Con el título *Hoy, nosotros somos la Iglesia*, el tema 25 muestra a los niños el misterio de la Iglesia y las diversas vocaciones que forman el nuevo Pueblo de Dios. Es una presentación de la Iglesia viva y dinámica en la que todos estamos llamados a hacer presente a Jesús con la fe y la vida. La Iglesia continúa la misión apostólica y, en esta familia que hoy camina en el mundo, se presenta la vocación sacerdotal como una llamada a ser maestros y pastores, como lo fueron los apóstoles, el ministerio de los obispos, presbíteros y diáconos explicado en el texto. Los obispos tienen el ministerio de presidencia y gobierno, los sacerdotes son colaboradores de los obispos en una comunidad parroquial y los diáconos poseen el bello título de servidores del amor de Cristo. Todos ellos unidos a los fieles y a aquel que gobierna, guía y cuida de la unidad de la Iglesia, el papa (*Jesús es el Señor*, págs. 78 y 79).

Y de nuevo es en la oración propuesta en el catecismo donde se enseña al niño a reconocer estos dones y a rezar con confianza:

¡Escúchanos Señor, Dios nuestro! Danos tu Espíritu de amor, para que vivamos cada día más unidos en la Iglesia, con el Papa, con nuestro Obispo, con los sacerdotes y con todos los que trabajan por tu Pueblo.
¡Que todos seamos una sola familia para gloria tuya! Amén. (pág. 79).

Continúa el catecismo en el tema 26, *Nos encontramos con Jesús resucitado en los Sacramentos*, mostrando el misterio de la Iglesia de manera cercana a la vida del niño, remarcando la experiencia de familia e insistiendo en la presencia del mismo Jesús resucitado. Recuerda la promesa de Jesús de estar siempre con nosotros. ¿De qué manera? El catecismo, desde la perspectiva de la Iglesia como sacramento universal de salvación, hace una



hermosa descripción de estas presencias, hasta desembocar en la presencia única e incomparable de Jesús en la Eucaristía. Así nos dice que Jesucristo está presente cuando nos reunimos en su nombre; también que está presente en todo hombre, porque es imagen de Dios y, especialmente en los pobres. Y es en este momento cuando el catecismo incluye la figura y misión del sacerdote: actuar en persona de Cristo cuando proclama la Palabra de Dios, preside la celebración y celebra los sacramentos (cf. pág. 80).

En el tema 27, titulado *Llamados a colaborar en la Iglesia*, la perspectiva continúa siendo la de la Iglesia como gran familia, como presencia de Cristo hoy, que necesita la colaboración de todos, según la llamada y los dones de Dios que hay que poner al servicio de los demás: así, se describe la vocación del laico en medio del mundo: en la empresa, la fábrica, el hospital; la del matrimonio y la formación de la familia; la de los consagrados al servicio de la caridad o la de los monjes dedicados a la contemplación. También se dice:

Los sacerdotes entregan su vida al servicio de la Iglesia representando a Cristo (pág. 83).

Se completa así esta presentación de la Iglesia, que tiene la misión de hacer llegar el amor de Dios a todos y, en especial, a los que no lo conocen y se han alejado de Él.

El Papa concluía el Año Sacerdotal destacando el don de la vocación sacerdotal en la Iglesia como presencia de Cristo en medio de nosotros, siendo esto lo más bello de la vocación sacerdotal y lo que la hace atractiva para el mundo:

Por tanto, el sacerdocio no es un simple oficio, sino un sacramento. Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar a través de él. Esta audacia es la mayor grandeza que se oculta en la palabra *sacerdocio*. Junto con la Iglesia hemos querido destacar que tenemos que pedir a Dios esta vocación. (Benedicto XVI. Homilía de la misa de clausura del Año Sacerdotal. Viernes, 11 de junio de 2010).

Actuando «in persona Christi» en los sacramentos

Cada tema del catecismo finaliza con una afirmación, síntesis de lo que se ha explicado, y que es a la vez una frase que el niño puede memorizar para profundizar en ella. Esta frase final tiene, junto con el título del tema correspondiente, una gran unidad.

El título del tema 26 *Nos encontramos con Cristo resucitado en los Sacramentos* y la afirmación final. «Cuando los sacerdotes celebran los sacramentos es Cristo quien actúa» (pág. 81), abren una nueva dimensión del ministerio sacerdotal a la consideración de los niños. Constituye una afirmación teológica que en la catequesis debe ser explicada de manera adecuada a los niños. El dibujo de esa misma página representa la celebración del sacramento de la unción de los enfermos. En él aparece el sacerdote y resulta una bella imagen para hablar de cómo Cristo se hace presente para curar. Otros dibujos del catecismo muestran la celebración de la Eucaristía, del sacramento del perdón, de la confirmación, siendo buenas formas de explicar, hacer comprender y gustar la presencia de Cristo hoy en medio de nosotros y la misión del sacerdote al celebrarlos.

Es precisamente en la presentación de cada uno de los sacramentos donde esta afirmación va tomando cuerpo y puede ser asimilada por los niños, no de manera teórica sino vinculada a la celebración.

En el bautismo somos recibidos en la Iglesia. La imagen de la Iglesia que el catecismo muestra es la de la madre que entrega su fe, su forma de vivir y su relación orante con Dios Padre. La propuesta del catecismo es la de enseñar al niño a orar y a vivir en el corazón de una Iglesia madre y educadora, en la que el sacerdote ocupa un lugar único (págs. 12 y 17).

El tema que presenta el bautismo, *Nacemos a la vida nueva*, resalta esta misma realidad.

Los padres piden a la Iglesia el Bautismo para sus hijos. El sacerdote acoge a los niños y hace sobre ellos la Señal de la Cruz. La comunidad parroquial se alegra porque va a nacer un nuevo cristiano (pág. 88).

En el sacramento de la reconciliación es la experiencia del amor misericordioso de Dios la que, en nombre de Cristo, ofrece el sacerdote. Así, en el recuadro inicial del tema titulado *Celebramos la reconciliación* se afirma:

Los sacerdotes, en nombre de Jesús y de la Iglesia, perdonan los pecados en el sacramento de la Reconciliación (pág. 110).

El sacramento de la penitencia, encuentro maravilloso entre Dios que quiere perdonarnos y nosotros que, arrepentidos, volvemos a Él, tiene un momento de gracia presentado así:

Confesamos nuestros pecados ante el sacerdote que proclama: Dios Padre misericordioso...

En el apartado *La vida cristiana*, dedicado a situar lo aprendido en el conjunto de la vida del niño, la experiencia que se resalta es la del sa-



cerdote que nos acoge y que recita las palabras del perdón. El sacerdote acoge, escucha y perdona en nombre de Cristo (cf. pág. 113).

Y de nuevo el niño es conducido a rezar:

¡Señor, qué alegría! El sacerdote nos acoge, nos escucha, y nos perdona en tu nombre. ¡Qué cerca estás de nosotros cuando deseamos volver a Ti! ¡Gracias, porque la Iglesia nos ofrece tu perdón! (pág. 111).

Este servicio sacerdotal, el de santificar, encierra una preciosa verdad para la vida del sacerdote, puesta de relieve en la catequesis que, dedicada al *munus sanctificandi*, desarrolló Benedicto XVI:

Ningún hombre por sí mismo, partiendo de sus propias fuerzas, puede poner a otro en contacto con Dios. El don, la tarea de crear este contacto, es parte esencial de la gracia del sacerdocio. Es Cristo quien nos hace santos, nos atrae a la esfera de Dios. Pero como acto de su infinita misericordia llama al algunos a estar con Él y a convertirse, mediante el sacramento del orden, pese a su pobreza humana, en partícipes de su mismo sacerdocio, ministros de esta santificación, dispensadores de sus misterios, puentes de encuentro con Él, de su mediación entre Dios y los hombres, y entre los hombres y Dios (Benedicto XVI. Catequesis del 5 de mayo sobre el *munus sanctificandi*).

Íntimamente vinculado con el misterio eucarístico

Dada la centralidad de la Eucaristía en todo el catecismo, es en el núcleo temático dedicado a ella y titulado *La eucaristía. Nos alimentamos con el cuerpo y la sangre del Señor*, donde la figura sacerdotal está más presente al describir su misión en cada uno de los momentos de la celebración. En primer lugar, en la convocatoria, la acogida y el saludo. A continuación en la proclamación y explicación de la Palabra. En relación con el ministerio de la Palabra y su proclamación se enseña: «Cuando el sacerdote lee el Evangelio es Jesús quien nos habla». Y de la explicación de la Palabra se dice: «El sacerdote nos explica la palabra que se ha proclamado, para enseñarnos a vivir como cristianos» (pág. 118).

La plegaria es el centro de la misa, el corazón de la celebración. En ella se hace presente la muerte y resurrección de Jesús, se da gracias y se suplica la venida del Espíritu. Al hilo de la sencilla y atractiva presentación de la Eucaristía como acción de gracias, se recuerda la función sacerdotal del presbítero especialmente orante, a lo largo de toda la plegaria eucarística. El sacerdote bendice y da gracias al Padre; pide a Dios Padre que envíe el Espíritu; hace los mismos gestos y pronuncia las mismas palabras que

Jesús en la última Cena; ora por toda la Iglesia; pide que nos reunamos un día en el cielo (cf. págs. 120-121).

En relación con la Eucaristía, celebrada y adorada en la Iglesia, el sacerdote parte el pan, lo entrega a todos, lo reserva para la oración ante el sagrario y vive entregado al servicio de los más pobres, haciendo vida lo que ha celebrado en la Eucaristía (cf. pág. 122-123).

Como no podía ser de otra manera, la Eucaristía, centro de la vida del sacerdote, ha sido motivo de reflexión durante el Año Sacerdotal. Recogemos esta afirmación:

Y también quiero invitar a todos los sacerdotes a celebrar y vivir con intensidad la Eucaristía, que está en el centro de la tarea de santificar; es Jesús que quiere estar con nosotros, vivir en nosotros, darse a sí mismo, mostrarnos la infinita misericordia y ternura de Dios. Y el sacerdote está llamado a ser ministro de este gran misterio, en el sacramento y en la vida (Benedicto XVI. Catequesis del 5 de mayo sobre el *munus sanctificandi*).

El sacramento del orden

El catecismo desarrolla especialmente los sacramentos de la iniciación cristiana, bautismo, confirmación y eucaristía, y también el sacramento de la reconciliación, al tratarse de un catecismo para la iniciación sacramental de los niños. Precisamente por esto, y para un desarrollo completo de la vida cristiana, no deja de presentar, en síntesis, los demás sacramentos. También aborda el orden sacerdotal. Dice el catecismo:

Por el sacramento del Orden, algunos cristianos varones son consagrados por el Espíritu Santo para servir al Pueblo de Dios como obispos, presbíteros o diáconos (pág. 85).

Es digno de mención que las pinceladas que de este sacramento ofrece el catecismo estén relacionadas con la evangelización (cf. pág. 81), siguiendo así al *Catecismo de la Iglesia católica*. Recordamos con ello que una de las novedades del catecismo *Jesús es el Señor* es, precisamente, el de su puesta al día en relación al *Catecismo de la Iglesia católica*, bebiendo de él como fuente.

La pregunta 69 del apartado *Fórmulas de fe* da prueba de ello. «¿Qué es el sacramento del Orden sacerdotal? Es el sacramento por el que algunos bautizados son consagrados para ser ministros en la Iglesia y continuar la misión que Cristo dio a los Apóstoles».



Son muchas las presentaciones del sacerdote realizadas por el Papa en sus alocuciones. Destaco una en la que se esboza esta misión del sacerdote en continuidad con la misión de Cristo:

Todo pastor, por tanto, es el medio a través del cual Cristo mismo ama a los hombres: mediante su ministerio, a través de nosotros, Cristo reúne a las almas, las instruye, las custodia y las guía. Esta es la norma suprema de conducta de los ministros de Dios, un amor incondicional, como el del Buen Pastor, lleno de alegría, abierto a todos, atento a los cercanos y a los alejados, delicado con los más débiles, los pequeños, los sencillos, los pecadores, para manifestar la infinita misericordia de Dios con las palabras tranquilizadoras de la esperanza (Benedicto XVI. Catequesis del 26 de mayo de 2010 sobre el *munus regendi*).